

5. Las siete palabras de Cristo en la cruz.

El último día de Jesús en la Tierra

Enlace a un vídeo de YouTube con subtítulos en 70 idiomas: <https://youtu.be/98EY8UNmpmk>

En nuestro estudio anterior, exploramos la injusticia de varios procedimientos judiciales ilegales que involucraban a Jesús. Aunque fue declarado inocente, el amor de Dios movió al Hijo de Dios a llevar su cruz al Lugar de la Calavera. La crucifixión de Cristo era parte del plan del Padre para satisfacer la justicia y mostrar misericordia a todos los que aceptan el perdón de sus pecados. Considera la paradoja de este instrumento de muerte, la cruz del Gólgota, en la que murió Jesús. La cruz simboliza tanto la feroz brutalidad y el sufrimiento de Jesús como se ha convertido en un faro de esperanza, que brilla intensamente para todos los que confían en Él. La muerte de Jesús fue agri dulce. Debido a que Jesús eligió beber esta amarga copa de sufrimiento, recibimos el dulce regalo del perdón de Dios. Al seguir a Jesús hasta la cruz, vemos que con cada paso, Él revela la profundidad de la gracia de Dios:

La Vía Dolorosa, el Camino de la Cruz

¹⁶ Finalmente, Pilato lo entregó a ellos para que lo crucificaran. Así que los soldados se hicieron cargo de Jesús. ¹⁷ Llevando su propia cruz, salió al lugar de la Calavera (que en arameo se llama Gólgota). ¹⁸ Allí lo crucificaron, y con él a otros dos, uno a cada lado y Jesús en medio. ⁽¹⁹⁾ Pilato mandó preparar un letrero y lo colocó en la cruz. Decía: JESÚS DE NAZARET, REY DE LOS JUDÍOS. ⁽²⁰⁾ Muchos judíos leyeron este letrero, porque el lugar donde Jesús fue crucificado estaba cerca de la ciudad, y el letrero estaba escrito en arameo, latín y griego. ⁽²¹⁾ Los principales sacerdotes de los judíos protestaron ante Pilato: «No escribas: "El Rey de los Judíos", sino que este hombre se proclamó rey de los judíos». ⁽²²⁾ Pilato respondió: «Lo que he escrito, escrito está» (Juan 19:16-22).

Tan pronto como Pilato pronunció la sentencia contra Jesús, los soldados romanos se lo llevaron. Probablemente llevaron al Señor de vuelta al cuartel romano, donde seguramente se le asignó un escuadrón de cuatro soldados para crucificarlo. Entonces le colocaron el travesaño, el patibulum, sobre los hombros, y Mateo escribió: «Lo llevaron para crucificarlo» (Mateo 27:31). Era inusual que un hombre fuera llevado al lugar de la crucifixión, ya que normalmente se obligaba al condenado a caminar con gran resistencia hasta el lugar de la crucifixión. Sin embargo, no fue así con Jesús; una vez más, estaba cumpliendo las Escrituras: «Fue llevado como cordero al matadero, y como oveja delante de sus esquiladores, enmudecía y no abría su boca» (Isaías 53:7). No se resistió, sino que siguió de buena gana.

Por lo general, a un hombre condenado a la crucifixión se le conducía por la ruta más larga hasta un lugar fuera de las murallas de la ciudad, un lugar visible para la mayoría de las personas que entraban y salían por la puerta de la ciudad. Los primeros padres de la Iglesia creían que Isaac, que llevaba la leña para su propio sacrificio por parte de su padre, Abraham (Génesis 22:6), simbolizaba a Jesús llevando su cruz. Todos los que se enfrentaban a la crucifixión tenían un escuadrón de cuatro soldados, conocido como quaternion, situado a cada lado. El soldado romano al mando mostraba un cartel en el que se indicaba el motivo de la crucifixión. Esta acusación tenía

por objeto infundir miedo a quienes la leían, para que todos se lo pensarán dos veces antes de cometer un delito similar.

Había cuatro razones por las que los romanos utilizaban la crucifixión como forma de castigo: 1) la muerte era agonizante, 2) el proceso de crucifixión era lento, 3) podía observarse públicamente y 4) era humillante y servía como disuasión para el crimen y la rebelión.

Pilato ordenó que se escribiera un letrero en arameo, latín y griego con las palabras JESÚS DE NAZARET, REY DE LOS JUDÍOS. Los ancianos judíos se molestaron por esto e intentaron cambiar el letrero para que dijera que Jesús había afirmado ser el Rey de los Judíos. Pilato les respondió diciendo: «Lo que he escrito, escrito está» (Juan 19:22). Era como si Dios estuviera diciendo la verdad a través de Pilato y no permitiera que se cambiara el letrero. El titulus, o pequeño letrero, que indicaba el delito de la víctima, estaba clavado en la cruz sobre su cabeza. Sin embargo, Jesús no había cometido ningún delito. Pilato declaró que no encontraba culpa alguna en Cristo y es posible que pusiera esta inscripción en la cruz de Jesús como una broma cruel para burlarse de los judíos. No sabemos la razón por la que Pilato mantuvo el letrero tal y como estaba escrito, pero el señorío de Jesús fue anunciado desde la cruz.

El lugar de la calavera

³³Llegaron a un lugar llamado Gólgota (que significa «lugar de la calavera»). ³⁴Allí le ofrecieron a Jesús vino mezclado con hiel, pero después de probarlo, se negó a beberlo (Mateo 27:33-34).

La ubicación de la crucifixión también tiene importancia. Estaba fuera de la puerta de la ciudad (Hebreos 13:12) y cerca de un camino frecuentado por transeúntes. Si visitas Jerusalén hoy en día, encontrarás varios lugares identificados como «Gólgota» o «Calvario» (que significa «lugar de la calavera»), como la iglesia católica del Santo Sepulcro y la tumba evangélica del jardín, o el Calvario de Gordon. Hay pruebas que respaldan ambos lugares, junto con teorías que explican por qué se les dio ese nombre. Una leyenda sugiere que la calavera de Adán fue enterrada en ese lugar. Una segunda razón para considerar el Calvario de Gordon como un posible lugar es la forma del lugar, que se asemeja a una calavera. Otra sugerencia para el nombre de Gólgota proviene de 1 Samuel 17:54, que afirma que David llevó la cabeza del filisteo que mató a Jerusalén, lo que llevó a algunos a creer que la calavera de Goliath fue enterrada en el Gólgota.

El método romano de crucifixión solía durar varios días, lo que permitía que los cuerpos se descompusieran en la cruz como advertencia para los demás. Sin embargo, las Escrituras exigían que los colgados de un árbol fueran bajados al anochecer (Deuteronomio 21:22-23). Sea cual sea el motivo de su sombrío nombre, era un lugar desolado, que significaba un rechazo fuera de la comunidad reservado para el castigo, donde el Rey del Cielo se entregó por nosotros (Hebreos 13:12-13). Cabe señalar que el sacerdote ungido de Israel tenía que quemar completamente la ofrenda por el pecado de Israel, que era el holocausto sacrificial, fuera del campamento (Levítico 4:21). Aquí vemos de nuevo la profecía del sacrificio sustitutivo de Cristo fuera de la puerta de la ciudad.

Las profecías del Antiguo Testamento sobre la crucifixión del Mesías

Antes de clavarle clavos de quince centímetros en las manos y los pies, le ofrecieron a Cristo algo de beber. Mateo 27:33-34 nos dice que a Jesús le dieron vino agrio (vinagre) mezclado con hiel, un término utilizado para describir una sustancia amarga. Marcos nos dice que la bebida amarga era mirra (Marcos 15:23), un narcótico suave. Cuando Jesús la probó, la escupió. Cientos de años antes, los profetas escribieron sobre el Siervo Sufriente de Dios, que cumpliría todo lo necesario para restaurar la comunión del hombre con Dios. Algunos atribuyen la autoría del Salmo 69 al rey David. El escritor profetizó que al Mesías le ofrecerían vino agrio (vinagre) mezclado con hiel.

¹⁹Tú sabes cómo soy **despreciado, deshonrado y avergonzado**; todos mis enemigos están delante de ti. ²⁰El desprecio ha quebrantado mi corazón y me ha dejado indefenso; busqué compasión, pero no la encontré; busqué consoladores, pero no los hallé. ²¹**Pusieron hiel en mi comida y me dieron vinagre para saciar mi sed** (Salmo 69:19-21).

El propósito de Cristo al venir era morir en la cruz en lugar de la humanidad culpable. No quería nada que enturbiara sus sentidos en ese momento crucial. Cristo vino a probar la muerte, es decir, el castigo total, por cada hombre (Hebreos 2:9). Cuando Jesús rechazó el suave narcótico, la mirra (Marcos 15:23), lo acostaron en el patíbulo, el travesaño, y le perforaron las manos y los pies con clavos de quince centímetros. Muchos pintores clásicos creían que Jesús fue clavado por las palmas de las manos, pero ahora, gracias a los relatos históricos romanos, sabemos que los clavos se clavaron a través de los pequeños huesos de las muñecas (radio y cúbito). El patíbulo, con Jesús clavado en él, fue entonces levantado y encajado en la parte vertical central de la cruz. Los soldados romanos juntaron ambos pies, doblaron ligeramente las piernas y colocaron un clavo a través de los tendones de Aquiles.

Las pruebas sugieren que, en algunos casos, se utilizaban cuatro clavos, con los pies clavados individualmente al montante. A continuación, colocaban una seducula —una pieza de madera— bajo los pies para que la víctima pudiera empujar dolorosamente los pies hacia abajo y permitir que sus pulmones se llenaran de aire. El dolor debía de ser insoportable, ya que el peso del cuerpo colgaba de los clavos y las muñecas ejercían presión sobre los nervios medianos. Permitir que la víctima respirara de esta manera prolongaba la muerte.

Ahora, consideremos el momento de su muerte. No fue una coincidencia que Jesús muriera durante la Pascua. Es conmovedor pensar que, en el momento de la muerte de Jesús, a varios cientos de metros de distancia, en la zona del Templo, se sacrificaban los corderos pascuales para que los israelitas los comieran esa noche. El historiador Josefo registró que más de 256 000 corderos fueron sacrificados para la celebración de la Pascua en el año 66 d. C.¹ Para preparar tantos corderos, todos los sacerdotes estaban ocupados en su trabajo mientras el Cordero de Dios era crucificado para la verdadera Pascua. Los corderos fueron asados y toda la carne de cordero de la casa se consumió esa noche (Éxodo 12:8-10). Nosotros también debemos acoger al Cordero de Dios en nuestras vidas (Juan 1:12) y participar espiritualmente de la vida del Cordero de Dios (Juan 6:53).

¹ Guerra 6.9.3 422-427: <http://www.josephus.org/Passover.htm>

El rey David también fue un profeta que describió estos momentos con cientos de años de antelación cuando escribió el Salmo 22. Algunos creen que Cristo recitó todo el salmo mientras estaba en la cruz, y sabemos que recitó parte de él. He aquí algunos extractos del Salmo 22:

¹ Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado? ¿Por qué estás tan lejos de salvarme, tan lejos de mis gritos de angustia? ⁶Pero yo soy un gusano y no un hombre, despreciado por los hombres y **despreciado por el pueblo.** **(7) Todos los que me ven se burlan de mí; me insultan, sacuden la cabeza:** ⁽⁸⁾«Él confía en el Señor; que el Señor lo rescate. Que lo libre, ya que se complace en él». ⁽¹²⁾Muchos toros me rodean; toros fuertes de Basán me rodean. ¹³ Leones rugientes que desgarran a su presa abren sus fauces contra mí. ⁽¹⁴⁾ Estoy derramado como agua, y todos **mis huesos se han dislocado.** Mi corazón se ha vuelto como cera; se ha derretido dentro de mí. ⁽¹⁵⁾ **Mi fuerza se ha secado** como un tiesto, y **mi lengua se pega al paladar;** me has puesto en el polvo de la muerte. ⁽¹⁶⁾ Los perros me han rodeado; una **banda de malvados me ha cercado; han perforado mis manos y mis pies.** ⁽¹⁷⁾ Puedo contar todos mis huesos; la gente me mira y se regodea. ⁽¹⁸⁾ Reparten entre ellos mis vestiduras y echan suertes sobre mi ropa (Salmo 22:1, 6-8, 12-18).

¿De qué manera describe la crucifixión este salmo profético de David, pronunciado mil años antes de Cristo? ¿Qué similitudes observas?

Era habitual que los crucificados estuvieran completamente desnudos para aumentar la sensación de vergüenza, pero las costumbres judías podrían haber permitido el uso de un taparrabos.

²³ Cuando los soldados crucificaron a Jesús, tomaron sus ropas y las dividieron en cuatro partes, una para cada uno, quedando la ropa interior. Esta prenda era sin costuras, tejida de una sola pieza de arriba abajo. ²⁴«No la rompamos», se dijeron unos a otros. Decidamos por sorteo quién se la quedará». Esto sucedió para que se cumpliera la Escritura que dice: «Repartieron entre sí mis vestiduras y sobre mi ropa echaron su suerte». Así lo hicieron los soldados. ⁽²⁵⁾ Junto a la cruz de Jesús estaban su madre, la hermana de su madre, María, esposa de Clopás, y María Magdalena. ⁽²⁶⁾ Cuando Jesús vio allí a su madre y al discípulo que él amaba, que estaba cerca, le dijo a ella: «Mujer, ahí tienes a tu hijo», ⁽²⁷⁾ y al discípulo: «Ahí tienes a tu madre». Desde ese momento, el discípulo la llevó a su casa. ⁽²⁸⁾ Más tarde, sabiendo que ya todo había terminado, y para que se cumpliera la Escritura, Jesús dijo: «Tengo sed». ⁽²⁹⁾ Había allí una jarra con vinagre, así que empaparon una esponja en él, la pusieron en una rama de hisopo y la acercaron a los labios de Jesús. ⁽³⁰⁾ Cuando hubo bebido, Jesús dijo: «Todo está cumplido». Dicho esto, inclinó la cabeza y entregó su espíritu (Juan 19:23-30).

A los cuatro soldados que llevaron a Jesús al Gólgota se les permitió quedarse con las ropas y las sandalias de los condenados, pero echaron suertes, como en un juego de dados, por su prenda interior tejida, de una sola pieza y sin costuras (Juan 19:23). Desgarrarla habría sido un desperdicio, por lo que echaron suertes por ella. Esta división de las vestiduras y el sorteo de la túnica sin costuras de Cristo fueron tal y como David había profetizado cientos de años antes (Salmo 22:18). Juan destaca la túnica sin costuras por la que los soldados echaron suertes. Quizás le recordó a Juan la vestimenta del sumo sacerdote, que tampoco tenía costuras. Josefo, el historiador de la época, describió la vestimenta del sumo sacerdote: «Ahora bien, esta vestimenta no estaba

compuesta por dos piezas, ni estaba cosida por los hombros y los costados, sino que era una sola prenda larga tejida de tal manera que tenía una abertura para el cuello». Cristo, nuestro Sumo Sacerdote, llevaba la prenda interior de una sola pieza al lugar de la expiación.

Las siete palabras de Cristo en la cruz

Ahora, reflexionemos sobre las últimas siete palabras de Cristo en la cruz. Jesús fue crucificado junto a otros dos, uno a cada lado. Él estaba en el medio, como si fuera el peor de los tres. La cruz del medio solía reservarse para el cabecilla. Una vez más, se cumplieron las profecías escritas cientos de años antes.

Por eso le daré una parte entre los grandes, y repartirá el botín con los fuertes, porque entregó su vida a la muerte y fue contado entre los transgresores. Porque él llevó el pecado de muchos e intercedió por los transgresores (Isaías 53:12).

Como dice la profecía anterior, Jesús colgó allí con un dolor terrible, orando por los que se habían reunido y observaban.

Primera frase: «Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen» (Lucas 23:34).

¡Cuán hermosa es la misericordia y la gracia que se nos concede en esas palabras! Si alguna vez dudaste del amor y la compasión de Dios, deberías memorizar esas palabras. El Cordero inocente de Dios llevó nuestros pecados en su cuerpo y los eliminó, «perdonándonos todas nuestras transgresiones, ⁽¹⁴⁾ cancelando el acta de los decretos que había contra nosotros, que nos era contraria, y quitándola de en medio, clavándola en la cruz» (Colosenses 2:13b-14).

Jesús luchó por cada respiro presionando su cuerpo contra los clavos de sus pies, utilizando el pequeño trozo de madera como palanca. Al empujarse hacia arriba, las profundas heridas de su espalda rozaban el poste de madera. Desde todos los ángulos, vemos el dolor infligido. Su espalda y gran parte de su cuerpo están cubiertos de sangre: la sangre gotea de su cabeza coronada de espinas; la sangre fluye de sus manos y pies, y pronto la sangre gotea de una gran herida en su costado cuando el soldado lo traspasa con su lanza (Juan 19:34).

No pasó mucho tiempo antes de que sus detractores se reunieran a su alrededor, lanzándole maldiciones y desprecio:

³⁹ Los que pasaban por allí lo insultaban, sacudiendo la cabeza ⁴⁰ y diciendo: «Tú, que vas a destruir el templo y a reconstruirlo en tres días, ¡sálvate a ti mismo! ¡Baja de la cruz, si eres Hijo de Dios!». ⁴¹ De la misma manera, los principales sacerdotes, los maestros de la ley y los ancianos se burlaban de él. ⁽⁴²⁾«A otros salvó —decían—, pero no puede salvarse a sí mismo. ¡Es el rey de Israel! Que baje ahora de la cruz y creeremos en él. ⁽⁴³⁾Confía en Dios. Que Dios lo rescate ahora, si lo quiere, pues dijo: “Yo soy el Hijo de Dios”» (Mateo 27:39-43).

Una vez más, esto era algo que Dios había predicho a través del profeta rey David; concretamente, que uno de los descendientes de David se convertiría en rey, pero sería despreciado y escarnecido por los demás. Estos escritos proféticos sirven como testimonio de la autenticidad de las Sagradas

Escrituras, predichas cientos de años antes de que sucedieran, de modo que cuando los acontecimientos tuvieron lugar, pudimos reconocer la verdad de las Escrituras y poner nuestra fe en Dios y en su Mesías, Jesús. He aquí la profecía de David en relación con aquellos que despreciaron a Cristo mientras sufría:

⁷ Todos los que me ven se burlan de mí; me insultan y sacuden la cabeza. ⁸ «Confía en el Señor», dicen, «que el Señor lo rescate. Que lo libre, ya que se complace en él». ⁽¹²⁾ Muchos toros me rodean; toros fuertes de Basán me cercan. ⁽¹³⁾ Leones rugientes que desgarran a su presa abren sus fauces contra mí. ⁽¹⁶⁾ Perros me rodean, una manada de villanos me cercan; perforan mis manos y mis pies (Salmo 22:7-8; 12-13; 16).

2.^a frase: «En verdad te digo que hoy estarás conmigo en el paraíso». Uno de los dos ladrones crucificados con él se unió al escarnio, mientras que el otro se arrepintió:

³⁹Uno de los malhechores que estaban colgados allí le insultaba: «¿No eres tú el Mesías? ¡Sálvate a ti mismo y a nosotros!». ⁴⁰Pero el otro malhechor le reprendió: «¿No temes a Dios, tú que estás bajo la misma sentencia? ⁴¹Nosotros somos castigados justamente, porque recibimos lo que merecen nuestras obras. Pero este hombre no ha hecho nada malo». ⁽⁴²⁾ Luego dijo: «Jesús, acuérdate de mí cuando vengas en tu reino». ⁽⁴³⁾ Jesús le respondió: «En verdad te digo que hoy estarás conmigo en el paraíso» (Lucas 23:39-43).

Jesús le dijo al criminal que estaría con Él ese día en el paraíso. ¿Sobre qué base crees que este hombre iría al cielo? ¿Qué crees que vio este criminal en Jesús que lo convenció de que Él era, de hecho, el Cristo?

La vida del Señor Jesús provoca una división en la humanidad: «El que no está conmigo, está contra mí; y el que no recoge conmigo, desparrama» (Mateo 12:30). Cada uno de nosotros es como uno de ellos. Todos debemos elegir a cuál de ellos queremos parecernos en nuestra muerte. Algunos no verán ningún valor en la muerte de Cristo y morirán en sus pecados, mientras que otros reconocerán la obra redentora de Cristo en ese día y la aceptarán como sufrida por ellos. No podemos escapar de la cruz. Todos debemos elegir entre continuar en el pecado o creer y poner nuestra confianza en la obra sustitutiva de Cristo por nosotros y como nosotros. Jesús le dijo al ladrón arrepentido que estaría con Él en el paraíso ese mismo día. Muchos no pueden entender tal gracia dada al ladrón penitente, ya que nunca tuvo tiempo de realizar buenas obras, ni fue bautizado, pero Cristo dijo que su fe en Jesús ese día era suficiente. Les recuerdo que la salvación se concede al creyente como un regalo, no por ninguna obra de justicia que hayamos hecho (Tito 3:5, Efesios 2:8-9). Si nunca se han acercado al Dios de toda gracia, clamen a Él hoy para recibir el mismo regalo de Dios.

3.^a frase: Entre respiraciones dolorosas, Jesús seguía preocupándose por sus seres más queridos.

Él dijo a su madre: «Mujer, ahí tienes a tu hijo». Luego dijo al discípulo: «Ahí tienes a tu madre» (Juan 19:26-27).

No se menciona que José, el esposo de María, estuviera presente durante el ministerio de Jesús. Podemos suponer que murió en algún momento. Cuidar de María era responsabilidad de Jesús, ya

que él era el primogénito de la familia. Le pidió al discípulo que amaba, Juan, que cuidara de su madre, confiándola a la persona en la que sabía que podía confiar más. Incluso en momentos de agonía y de intensa lucha espiritual, Jesús se preocupaba por lo que les esperaba a aquellos que lo llorarían, y no olvidó este detalle tan práctico. El Señor los confió el uno al otro para que se consolaran después de su partida.

El relato de Juan no lo menciona, pero Mateo describe una oscuridad inusual que cubrió la tierra durante tres horas: «Desde la hora sexta, hubo oscuridad sobre toda la tierra hasta la hora novena» (Mateo 27:45). Esta oscuridad no fue causada por un eclipse, porque un eclipse no puede durar más de siete minutos y medio, mientras que esta oscuridad persistió durante tres horas.

El profeta Amós también profetizó sobre este período de oscuridad.

En aquel día, dice el Señor Dios, haré que el sol se ponga al mediodía y oscureceré la tierra en pleno día (Amós 8:9).

Cuarta frase: Jesús gritó entonces su cuarta frase mientras estaba en la cruz: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?» (Marcos 15:34).

¿Por qué se sentiría Cristo abandonado por Dios?

Pablo escribió a la iglesia de Corinto: «Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que fuésemos hechos justicia de Dios en él» (2 Corintios 5:21). Allí, en la cruz, Jesús fue cargado con el pecado del mundo. Se convirtió en el portador del pecado de toda la humanidad. Las Escrituras nos dicen que Dios es demasiado puro para mirar el mal (Habacuc 1:13). El Padre apartó su mirada del Hijo porque Jesús llevó nuestro pecado. Este momento de apartar la mirada fue la parte más dolorosa de la crucifixión. Thomas Davis, un médico, ha investigado los efectos de la crucifixión en el cuerpo.

A medida que los brazos se fatigan, grandes oleadas de calambres recorren los músculos, provocándoles un dolor profundo, implacable y punzante. Estos calambres le impiden empujarse hacia arriba. Colgado de los brazos, los músculos pectorales se paralizan y los músculos intercostales no pueden actuar. El aire puede entrar en los pulmones, pero no puede exhalarse. Jesús lucha por levantarse para poder tomar siquiera un breve respiro. Finalmente, el dióxido de carbono se acumula en los pulmones y el torrente sanguíneo, y los calambres disminuyen parcialmente. Espasmódicamente, se empuja hacia arriba para exhalar y tomar el oxígeno que le da vida... Horas de este dolor ilimitado, ciclos de retorcimientos, calambres que desgarran las articulaciones, asfixia parcial intermitente, dolor abrasador al desgarrarse el tejido de su espalda lacerada mientras se mueve hacia arriba y hacia abajo contra la madera áspera. Entonces, comienza otra agonía. Un dolor profundo y aplastante en el pecho a medida que el pericardio se llena lentamente de suero y comienza a comprimir el corazón. Ahora casi ha terminado: la pérdida de líquido tisular ha alcanzado un nivel crítico; el corazón comprimido lucha por bombear sangre pesada, espesa y lenta a los tejidos; los pulmones torturados hacen un esfuerzo frenético por aspirar

pequeñas bocanadas de aire. Los tejidos notablemente deshidratados envían una avalancha de estímulos al cerebro.²

Quinta frase: Jesús pronunció entonces la quinta frase: «**Tengo sed**» (Juan 19:28). Esta afirmación también fue profetizada por el rey David, que dijo: «**Mi fuerza se ha secado como un tiesto, y mi lengua se pega al paladar**» (Salmo 22:15). Juan relata que uno de los soldados romanos trajo una esponja en una rama de hisopo.

Había allí un jarro de vinagre, así que mojaron la esponja en él, la pusieron en una rama de hisopo y la acercaron a los labios de Jesús (Juan 19:29).

¿Por qué menciona Juan el hisopo? En Juan, los pequeños detalles siempre tienen un significado. Cuando los israelitas fueron esclavizados por el faraón en Egipto, su medio de liberación fue la sangre de un cordero puro y perfecto. Esta sangre debía ser derramada y colocada en un recipiente al pie de la puerta. Luego tomaban un manojo de hisopo, lo mojaban en la sangre del recipiente y lo aplicaban al dintel y a ambos lados de la puerta, formando una cruz.

Id enseguida y elegid los animales para vuestras familias y sacrificad el cordero pascual.²² Tomad **un manojo de hisopo**, mojadlo en la sangre del recipiente y poned un poco de la sangre en la parte superior y en ambos lados del marco de la puerta. Ninguno de vosotros saldrá de la puerta de su casa hasta la mañana. ⁽²³⁾Cuando el Señor pase por la tierra para herir a los egipcios, verá la sangre en la parte superior y en los lados del marco de la puerta y pasará por encima de esa puerta, y no permitirá que el destructor entre en vuestras casas y os hiera (Éxodo 12:21b-23).

Cuando Dios vio la sangre, protegió a la familia y no permitió que el ángel destructor entrara en la casa (Isaías 31:5). Del mismo modo, creemos que la sangre del nuevo pacto (Jeremías 31:31) se aplica a nuestra vida espiritual, y que ahora pertenecemos al Señor y estamos completamente liberados de Satanás (el faraón) y del mundo (Egipto).

Sexta frase: «¡Consumado es!» (Juan 19:30).

¿Qué crees que quiso decir Jesús con sus palabras «Todo está consumado»?

Cuando Jesús sintió que había llegado el momento, los tres evangelios sinópticos (Mateo, Marcos y Lucas) nos dicen que Jesús gritó en voz alta, pero no revelan lo que Cristo gritó. Solo Juan nos da una palabra en griego, *tetelestai*. Traducida como «Todo está consumado» en muchas traducciones al inglés, no es una expresión de cansancio, sino un poderoso grito de victoria. Jesús se levantó una vez más, llenó sus pulmones y declaró en voz alta para que todo el mundo lo oyera: «¡Consumado es!». *Tetelestai* era un término utilizado en la contabilidad griega antigua. Cuando se pagaba la deuda de un hombre, se decía *tetelestai*. Significa poner fin, completar o lograr algo, no solo terminar, sino llevarlo a la perfección o a su objetivo previsto. También significa pagar en su totalidad, como con un impuesto o tributo. ¡Este grito era un grito de triunfo! Significaba que se había logrado, que se había pagado en su totalidad, que no quedaba ninguna deuda con el pueblo de Dios. ¡Son libres! No es de extrañar que Cristo gritara; quería que el mundo supiera que la

² «La crucifixión de Jesús: La pasión de Cristo desde un punto de vista médico», Arizona Medicine, vol. 22, n.º 3 (marzo de 1965), 183-87.

deuda del pecado había sido pagada. El juicio y la justicia de Dios habían sido expiados, reparados y reconciliados.

7ª Palabra: Mientras este grito aún resonaba en el Gólgota, pronunció sus últimas palabras, su séptima palabra desde la cruz: «¡Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu!» (Lucas 23:46). Con esta última palabra, Jesús entregó su espíritu.

Después de pronunciar esas palabras, el cuerpo de Cristo se quedó sin fuerzas. Su cabeza se inclinó y entregó su espíritu. Incluso el centurión endurecido, al presenciar cómo murió Cristo, se convenció: «¡Verdaderamente este era el Hijo de Dios!» (Mateo 27:54). Cuando Cristo entregó su espíritu, ocurrieron tres señales o fenómenos sobrenaturales.

Los tres acontecimientos sobrenaturales que ocurrieron a la muerte de Jesús

El primer acontecimiento sobrenatural fue que la oscuridad cubrió toda la tierra desde la hora sexta hasta la hora novena (Mateo 27:45). La Pascua siempre se celebraba en luna llena, lo que descartaba un eclipse solar durante ese tiempo. Incluso si fuera posible, un eclipse no puede durar tres horas. Este oscurecimiento del sol era una señal del juicio y el descontento divino por lo que había ocurrido en el Calvario. Jesús soportó la ira de Dios por el pecado durante esas tres horas cruciales. Por eso Jesús dijo: « , Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?». Algunos comentaristas dicen que el oscurecimiento del sol fue enviado como un velo para cubrir la desnudez y los sufrimientos de Cristo.

El segundo acontecimiento sobrenatural fue un gran terremoto, con las tumbas abriéndose y los muertos resucitando:

⁵¹ En ese momento, el velo del templo se rasgó en dos, de arriba abajo. La tierra tembló, las rocas se partieron ⁵² y los sepulcros se abrieron. Los cuerpos de muchos santos que habían muerto resucitaron. ⁵³ Salieron de los sepulcros después de la resurrección de Jesús, entraron en la ciudad santa y se aparecieron a mucha gente (Mateo 27:51-53).

El tercer acontecimiento sobrenatural ocurrió en el templo. En el momento exacto en que Cristo murió, el velo del templo que separaba a Dios del hombre se rasgó de arriba abajo, lo que significaba una señal del cielo. No es de extrañar que muchos sacerdotes se convirtieran (Hechos 6:7). Cuando los sacerdotes se enteraron de lo que había ocurrido en el Calvario a las tres de la tarde, la hora tradicional en que la congregación sacrificaba corderos para la Pascua, muchos de ellos creyeron y pusieron su fe en Cristo.

Mientras miles de personas se reunían en los atrios del templo para el sacrificio ritual de los corderos de la Pascua, los que servían en el templo se sorprendieron cuando unas manos invisibles rasgaron la cortina del templo, una tela tan gruesa como la mano de un hombre, ante sus propios ojos. Dios rasgó la cortina para mostrarnos que el camino hacia su presencia está abierto a todos. Jesús ha eliminado la barrera que separaba a Dios de la humanidad. El pecado nos impedía disfrutar de una relación con Dios, y Jesús pagó el precio por tu pecado y el mío. «El Calvario muestra hasta

dónde puede llegar el hombre en el pecado y hasta dónde puede llegar Dios por la salvación del hombre» (H. C. Trumbull).³

Hoy quiero preguntarte: ¿cuán grande es tu deuda? ¿Te está agobiando? El Mesías ha pagado tu deuda, pero hasta que no aceptes y recibas el perdón, permanecerás en tu pecado, cargando con el peso que Él murió para quitarte.

En 1829, un hombre de Filadelfia llamado George Wilson robó el Servicio Postal de los Estados Unidos y mató a alguien en el proceso. Wilson fue arrestado, llevado a juicio, declarado culpable y condenado a la horca. Algunos amigos intercedieron en su favor y finalmente consiguieron el perdón del presidente Andrew Jackson. Sin embargo, cuando se le informó de ello, ¡George Wilson se negó a aceptar el perdón! El sheriff se mostró reacio a ejecutar la sentencia: ¿cómo podía ahorcar a un hombre que había sido indultado? Se presentó una apelación al presidente Jackson. El confundido presidente recurrió al Tribunal Supremo de los Estados Unidos para resolver el asunto. El presidente del Tribunal Supremo Marshall declaró que un indulto no es más que un trozo de papel, cuyo valor depende de la aceptación del destinatario. Es poco probable que alguien que se enfrenta a la pena de muerte rechace un indulto, pero si lo rechaza, este no es válido. George Wilson debía ser ahorcado. Como resultado, George Wilson fue ejecutado, a pesar de que su indulto estaba sobre la mesa del sheriff. ¿Qué harás con el indulto total que te ofrece el presidente del Tribunal Supremo, el Dios del Universo?⁴

Me gustaría concluir esta historia con una reflexión sobre lo que sucedió cuando los soldados echaron suertes por las ropas de Cristo. Piensa en esto: estos hombres se mostraron indiferentes mientras Jesús agonizaba por ellos. Estaban jugando y no mostraron ninguna preocupación por su sufrimiento. Para ellos era un día cualquiera. No se dieron cuenta de que su destino eterno dependía de este acto de amor desinteresado. Esta escena ilustra la indiferencia del mundo hacia Cristo. Jugaban como si no importara. Hagas lo que hagas con respecto al sacrificio de Cristo, recuerda que requiere una respuesta. ¿Qué elegirás hacer con este regalo, este sacrificio? Como George Wilson, ¿lo dejarás sobre la mesa? Si deseas recibir el perdón de Dios por tus pecados, reza la siguiente oración.

Oración: Padre, gracias por tu gran amor y misericordia, que revelaste en Cristo Jesús y su gran sacrificio por mí. Límpiame de pecado y renuévame. Entregaré mi vida a ti y deseo ser libre de las cadenas espirituales que me han atado. ¡Amén!

Keith Thomas

www.groupbiblestudy.com

Facebook: keith.thomas.549

Correo electrónico: keiththomas@groupbiblestudy.com

YouTube: <https://www.youtube.com/@keiththomas7/videos>

³ Recopilado por John Blanchard, *Gathered Gold, A Treasury of Quotations for Christians*, impreso por Evangelical Press, Welwyn, Hertfordshire, 1984. Página 58.

⁴ *1500 ilustraciones para la predicación bíblica*. Editado por Michael Green. Publicado por Baker Books. Página 317.

